

JUAN BONILLA

*Egavieros
de Almería*

A pesar de las voces apocalípticas que aseguran que el mundo de la edición, en manos de unos grandes grupos y de sus voceadores mediáticos, impide movimientos independientes, lo cierto es que si miras alrededor, cada vez hay más voces, y gracias a la tecnología, puede que cada vez se oigan más, o que al menos se oigan lo suficiente como para sobrevivir. Esas voces, ya que la concentración de poder no significa centralización, pueden llegar desde casi cualquier lugar geográfico: en realidad llegan siempre desde una trinchera. No son voces uniformadas, claro, van buscando o se nos presentan esa voz propia que nos sirve para identificar un susurro. Por ejemplo puede llegar desde Almería, donde firman sus libros, hermosos y elegantes, exquisitos, El Gaviero ediciones (cuyas magníficas ediciones pueden ojear en www.acceda.com/host/elgaviero/). Todo en esos libros rezuma buen gusto y delicadeza, la mano del artesano orgulloso que quiere lo que hace y contagia ese aprecio a aquellos para los que lo hace (quizá porque esencialmente lo hace para sí mismo). Los libros de poemas que publica El Gaviero —que también tiene colecciones de narrativa donde han editado por ejemplo el relato *Qué más da* del estremecedor Pedro Casariego Córdoba— son exactos ejemplos de lo que debería ser siempre un libro de poemas: todo en ellos está cuidado con extrema atención. Entre los títulos de su colección de poesía, destaca sin duda el conjunto de poemas olímpicos de Juan Antonio González Iglesias, autor de ya muy reconocido prestigio, que aquí sigue la senda iniciada por Píndaro y seguida por Henry de Montherlant, y reúne poemas suscitados por la contemplación, por la celebración de la hermosura, por la emoción vertiginosa. La tristeza y el pesimismo tiene muchos, demasiados cantores, la muerte tiene una legión de enamorados entre los poetas.



Juan Antonio González, como exigía Casetti, no pacta con ella, le vuelve la espalda, se toma una Coca Cola classic y un botecito de amendras en un lugar de California, y sabe que ese monumental instante de comunión es la vida pura, la vida intensa, el entusiasmo sobrecogedor de vivir. En sus *Olimpicas*, preciosamente ilustradas por Roberto González, encontramos el exuberante canto a los cuerpos —de un campeón de natación, del equipo español de gimnasia— pero también una aguda reflexión que, por decirlo con palabras de Nabokov, trata de convencernos de que el mundo fue hecho en domingo, en día de asueto, de puro ocio y contemplación. En otro de los libros de la colección de poesía de El Gaviero, se produce un curioso diálogo entre poetas: Amalia Bautista y Alberto Porlán escriben poemas sobre los pecados, ilustrados por Pablo Márquez, con alguna viñeta —como la de la gula— francamente muy conseguida.

Dar gusto. Supongo que esa sería la exigencia principal que tendríamos que hacerle a los libros, como objetos y como recipientes de creación. Eso lo consiguen los de El Gaviero, alentando la convicción de que el panorama no es tan recortado ni el horizonte tan estrecho como creíamos. Hay que buscarlos sí, pero la red nos ofrece grandes facilidades hoy, pero una vez que se encuentran será difícil dejarlos. Ojalá que sus preciosas ediciones de tiradas pequeñas y lograda exquisitez sigan durante mucho tiempo lanzándonos sus susurros desde la trinchera donde se demuestra que la literatura —y sobre todo la poesía— no se agota en la planicie de una mesa de novedades.